

LIBROS

Eduardo Alejandro Barrio, *La verdad desestructurada*, Buenos Aires, EU-DEBA, 1998

Las controversias acerca de la naturaleza de la verdad se volvieron más complicadas desde que el “deflacionismo” entró en escena. (Alguna versión del deflacionismo está presente quizás en Frege y, más dudosamente, Wittgenstein, aunque es Ramsey quien generalmente se lleva el título de padre fundador del deflacionismo. Algunos autores insisten en invocar también a Aristóteles, pero en esto parecen estar equivocados.) Las controversias se volvieron más complicadas, digo, en parte porque el deflacionismo no es una teoría unificada (no es una teoría, dirán sus defensores) sino un conjunto de ideas más o menos relacionadas entre sí, ideas que pueden significar cosas distintas para distintos autores. Ni siquiera está claro, por ejemplo, cuáles son las diferencias fundamentales entre algunas versiones del deflacionismo y la teoría correspondentista clásica.

El autor de esta reseña cree que no es necesario argumentar en favor del correspondentismo, y que es imposible argumentar en contra. Esta intuición se modificó con la lectura del excelente libro de Eduardo Barrio, *La verdad desestructurada*. Entre los méritos de este libro figura centralmente el de aclarar la naturaleza de la disputa entre deflacionistas y correspondentistas, y el de presentar con una claridad poco común en el área argumentos en favor del deflacionismo. El deflacionista de Barrio sostiene que no hay ninguna relación interesante entre lo lingüístico y el mundo (el resto del mundo, se entiende). La idea correspondentista es identificada con la tesis contraria, con la tesis de que la naturaleza de la verdad reside en una relación teóricamente interesante entre fragmentos del lenguaje y fragmentos del mundo. El libro puede verse como “el desarrollo de un único argumento complejo en contra de la idea de que existen razones de índole teórica que justifiquen la aceptación de la idea correspondentista de la verdad” (p. 13).

Barrio comienza ese argumento en el primer capítulo exponiendo su versión del deflacionismo y de dos teorías “robustas”, el correspondentismo y la teoría epistémica. Con respecto al deflacionismo, Barrio adhiere a la variante semanticalista del desentrecomilladorismo —uno de los males menores del deflacionismo es su poder de generar feos neologismos—. De acuerdo con esta posición, los bicondicionales tarskianos, entendidos como equivalencias meramente materiales, son *todo* lo que podemos saber acerca de la verdad. Estos bicondicionales, para Barrio, deben verse como definiciones cuasi-estipulativas, y no como conjeturas empíricas o intentos de análisis. Con respecto a las teorías epistémicas de la verdad, Barrio señala el quizás obvio pero poderoso argumento de que confunden verdad con justificación —para los defensores de las teorías epistémicas es difícil argumentar satisfactoriamente que se trata de una iden-

tificación justificada y no una confusión—. Por esto, Barrio sostiene que la disputa central con respecto a la verdad debe darse entre correspondentistas y deflacionistas.

En el segundo capítulo Barrio presenta la caracterización tarskiana de la verdad. Se expone primero una explicación intuitiva de las definiciones tarskianas, en donde se incluyen un tratamiento informal de las paradojas semánticas y una discusión motivante acerca de las relaciones entre la paradoja del análisis, las definiciones y el objetivo eliminativista de Tarski. A continuación se presenta una detallada y clara exposición formal de las definiciones tarskianas. Barrio critica luego el argumento de Field según el cual esas definiciones no cumplen el objetivo eliminacionista previamente fijado. Esta sección del libro en particular es un ejemplo claro de la envidiable capacidad analítica y argumentativa de su autor: Barrio expone primero el difícil argumento de Field con claridad y caridad interpretativa, y presenta luego lo que a mi juicio es un caso demoledor en su contra. Uno de los núcleos del argumento de Field es una analogía entre las nociones de *verdad* y *valencia química*. Barrio señala que esas nociones pertenecen a distintas disciplinas, y que, por lo tanto, las restricciones que se pueden aplicar a un intento de reducción de una noción no tienen por qué aplicarse a la otra. Pero el autor no se contenta con este argumento (que alcanza para trasladar la carga de la prueba a Field), sino que expone razones para creer que la formulación de equivalencias extensionales alcanza para cumplir un objetivo eliminacionista dado que la noción de verdad es, primariamente, una noción *lógica*.

El resto del capítulo está dedicado a analizar la pregunta, "¿Reconstruye la definición tarskiana la noción correspondentista de la verdad?". La respuesta de Barrio es negativa, y se basa en el hecho de que los bicondicionales no prejuzgan sus propias condiciones de verdad. La idea es que las definiciones tarskianas *serían* correspondentistas si la verdad de los bicondicionales se explicara *de derecha a izquierda*, es decir, si el lado derecho (no metalingüístico) de los bicondicionales fuera prioritario respecto del lado izquierdo. Pero los bicondicionales admiten también, sostiene Barrio, una explicación meramente lingüística, según la cual el predicado veritativo cumple sólo un rol desentremillador, o de "ascenso semántico".

En el tercer capítulo, que abre la segunda parte del libro, Barrio examina la cuestión de las relaciones entre realismo y verdad. Se adopta la caracterización de Devitt de "realismo", de acuerdo con la cual ser realista respecto de un tipo de entidades consiste en sostener que la mayoría de los casos de ese tipo tienen una existencia independiente y objetiva. Barrio también adhiere a la concepción devittiana respecto de la independencia del realismo y posturas epistémicas y/o semánticas. El autor considera y rechaza los argumentos antirrealistas de Putnam y Dummett y sostiene, basado en la tesis mencionada acerca de la independencia de lo metafísico respecto de lo semántico, que ser realista no es argumento decisivo en favor de una noción correspondentista de la verdad.

En el capítulo cuarto se analizan las relaciones entre verdad y conocimiento. Barrio sostiene que una noción deflacionista de verdad es suficiente para explicar todas esas relaciones. Rechaza, por lo tanto, tanto las caracterizaciones epistémicas de verdad, que pretenden solucionar los problemas de la relación entre verdad y conocimiento acercando (demasiado) la verdad al conocimiento, como las caracterizaciones correspondentistas, que pretenden alcanzar el mismo objetivo pero esta vez alejando (¿demasiado?) los respectivos ámbitos. Encuentro los argumentos de Barrio más convincentes respecto de las caracterizaciones epistémicas que respecto de las caracterizaciones correspondentistas, pero esto tiene más que ver con mis propios prejuicios que con los méritos de su argumentación. En todo caso, la cuestión de la relación entre conocimiento y verdad es seguramente el principal campo de batalla entre deflacionistas y correspondentistas, y Barrio añade argumentos originales en un ámbito en donde la bibliografía crece exponencialmente.

El último capítulo del libro está dedicado al análisis de las relaciones entre significado, verdad y representación. Barrio ataca nuevamente la concepción correspondentista, esta vez socavando los argumentos según los cuales esa concepción cumple un papel explicativo en semántica que no puede ser cumplido por caracterizaciones más anémicas. Los argumentos de Barrio se sustentan, en parte, en la deflación también de la noción de "significado", en la versión iniciada por Quine. Barrio sostiene, además, que la noción de verdad *depende* de los significados y que, por lo tanto, es inútil intentar explicar el significado en términos de verdad (correspondentista).

El libro de Barrio logra cumplir eficazmente dos objetivos que son difíciles de conciliar en filosofía: el de servir como una introducción a los temas de que trata y el de ofrecer contribuciones originales y substanciales. Esto, además, con una claridad argumentativa y de exposición, ligadas a un manejo envidiable de la bibliografía sobre el tema, que hacen que su lectura sea a la vez fluida y enriquecedora. Considero que *La verdad desestructurada* es indispensable tanto para quienes quieran iniciarse en las controversias acerca de la verdad como para los expertos que quieran encontrar una voz original y contundente en la semántica filosófica contemporánea. (Juan Manuel Comesaña)